

VICENTE PALERMO

La alegría y la pasión

RELATOS BRASILEÑOS Y ARGENTINOS
EN PERSPECTIVA COMPARADA

conocimiento



Vicente Palermo (Buenos Aires, 1951)

Politólogo y ensayista, sociólogo por la Universidad de Buenos Aires, master por la Universidad del Salvador, Buenos Aires, y doctor en ciencias políticas por la Universidad Complutense de Madrid. Ha vivido en España, Brasil e Italia, y es investigador principal del Conicet, del Instituto Gino Germani (UBA) y del Centro de Investigaciones Políticas (CIPOL). Ha dictado cursos de grado y posgrado en universidades de Argentina, Brasil, España y Uruguay. Es miembro del Club Político Argentino, de la Sociedad Argentina de Análisis Político y de la Associação Brasileira de Ciência Política, y Guggenheim 2006 Fellowship.

Se dedica a temas de política latinoamericana comparada y de historia política argentina reciente y es autor de diversos libros y numerosos artículos. Su obra *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea* (Buenos Aires, 2007) obtuvo el premio LASA Iberoamérica 2009 y el tercer Premio Nacional de Cultura en 2011.

Introducción*

Este libro está destinado a brasileños y argentinos por igual. No se trata de un texto estrictamente académico sino de un ensayo, aunque me he valido de los más diversos materiales, desde libros, periódicos, artículos académicos propios y ajenos, hasta entrevistas y testimonios que yo mismo realicé, así como de mis experiencias de vida en ambos países. Que no sea un texto del todo académico significa que me he sentido más libre para formular mis afirmaciones, para generalizar a partir, a veces, de pocas observaciones, y para llevar a cabo comparaciones que podrían no resistir el rigor metodológico de la academia. No me arrepiento porque, por otra parte, la academia tiene sus propias ambigüedades, saltos comparativos e imprecisiones. A veces hay que pagar un precio para tener libertad para pensar, y eso es lo que he hecho aquí, abordando un tema como la comparación multidimensional entre Brasil y Argentina que parece inconmensurable.¹

El 24 de mayo de 2014, el famoso futbolista Ronaldo, miembro del Comité Organizador de la Copa Mundial de Fútbol, hizo declaraciones: culpó a los gobiernos por los atrasos en las obras y por las dificultades de Brasil para organizar el Mundial debido al exceso de burocracia: “Me siento avergonzado. No podemos estar dando esa imagen hacia afuera”. Mostró su irritación con Paulo Coelho, que lo tildó de imbécil por haber dicho que no se hacía una Copa con hospitales sino con estadios.

* Quiero agradecer profundamente el intercambio de ideas, y los comentarios y sugerencias, por parte de Juan Lucca, Rafael Mantovani, Thiago Melamed Menezes, José Natanson y Miriam Gomes Saraiva.

¹ Existe un trabajo, este sí más académico, que también aborda esa comparación multidimensional, y es la excelente obra colectiva organizada por Grimson (2007), en la que toman parte diez autores.

El 25 de mayo, Cristina Fernández de Kirchner, en Buenos Aires, declaró: “No me interesa la unidad nacional para volver atrás, para no ocuparse de los pobres”.

No me propongo aquí entrar en el mérito de ambas declaraciones, sino observar que ellas hacen patente la vigencia de llamativos tics que persisten a lo largo del tiempo. En el caso brasileño, un problema –los atrasos en las obras– es sentido como motivo de vergüenza, fuente de preocupación por la imagen que se da hacia afuera; en el caso argentino, una imputación –no quieren ocuparse de los pobres– es suficiente para problematizar la unidad nacional. Estos tics, que irrumpen abrupta e inopinadamente en cualquier momento o circunstancia, tienen raíces hondas y de larga data. Como muchísimos otros, se alimentan en la historia, en la cultura, en la cultura política, en los patrones identitarios que se han ido formando y transformando a lo largo del tiempo.

Creo posible aprehender muchos de esos tics, porque hablan elocuentemente de modos de ser y de sentir de las dos comunidades, y porque pueden ser comparados, revelando a través de esas comparaciones mucho de lo que en ambos casos se elabora –colectivamente a veces, por medio del historiador, el hombre de letras, o el ensayista en otros– como modos de comprender e interpretar el propio quehacer cultural y político, y que no siempre brasileños y argentinos conocen del otro.

Asimismo, me pareció importante dar cuenta de otro ángulo de la relación entre argentinos y brasileños: el de las imágenes –casi siempre convertidas en clichés por el uso– que tiene una comunidad sobre la otra. Esos clichés tienen fuerza persuasiva y son como cauces que se han cavado en los cursos de la relación recíproca, de los que resulta difícil salir.

Los últimos veinte años han sido muy diferentes para ambos países. La Argentina conoció la mayor debacle económica de su historia en el siglo XX y luego de ello una recuperación fulminante, pero que mal alcanzó para restaurar los indicadores sociales previos a la crisis, que ya eran muy malos. Brasil tuvo una mejoría lenta, gradual, pero con pocos retrocesos y, en especial en los gobiernos de Lula, conoció una fenomenal mejora de las condiciones de vida de millones de brasileños, muchos de los cuales salieron de la pobreza y en conjunto accedieron inéditamente al mercado de consumo (es lo que se ha denominado, equivocadamente, “nueva clase media”), que se expandió de modo fenomenal.

Hasta la década de 2010 el estado de ánimo dominante en Brasil era en algún grado autocomplaciente; una suerte de reedición del viejo *ufanismo* brasileño. Sin embargo, el ánimo más firme consistía en un talante enteramente nuevo: la expectativa de que problemas siempre considerados

irresolubles, como la corrupción, la miseria, el subdesarrollo, podían ser resueltos. Las manifestaciones de protesta, que se extendieron por las principales ciudades, surgieron de la noche a la mañana y pusieron en evidencia una “revolución de las expectativas crecientes”; tuvieron por blanco principal al Estado, imputándole tanto un uso perdulario de sus recursos como una pésima prestación de los servicios públicos. Los indignados brasileños, por lo que todo indica, han llegado para quedarse. La agitación de los meses previos al Mundial de Fútbol es un ejemplo de manual de disparador de la acción colectiva: ¿qué mejor posibilidad de tirar piedras al tejado de vidrio brasileño que cuando el mundo (recordemos el tic) tiene puestos sus ojos en Brasil? Si es así, los cambios positivos experimentados por la sociedad brasileña en las últimas décadas, y no los males y problemas que aquejan (sin duda) a Brasil, habrían conducido a una novedad, algo que no forma parte de la identidad histórica brasileña: las manifestaciones y las protestas. Hay expectativas de una mejora mayor en los estándares sociales, pero junto a ello hay una menor tolerancia a la desigualdad. Y esta tesis se expresa en el único lugar que era posible, ya que los partidos carecen por completo de medios para canalizarla.

Entre tanto, los indignados argentinos tienen muchas más diferencias que semejanzas con los movilizados brasileños. Han salido a la calle masivamente los miembros de una clase media que ha experimentado una mengua en sus ingresos y la pérdida de posiciones relativas, o que han sido testigos de cómo eso ocurre con personas o familias de su misma condición. Sin embargo, no están en condiciones de formular demandas corporativas en el terreno económico, y en cambio han sido especialmente sensibles a una agenda institucional: la concentración desaforada del poder, la corrupción organizada desde el centro del poder político. Si en el caso brasileño la democratización social aparejada a la mejora de las condiciones de vida ha hecho posible y hasta necesaria la protesta, en el argentino los indignados pertenecen a sectores sociales que han visto cómo sus posiciones se ponen en jaque, cómo han de hacer un esfuerzo mayor para proporcionar a sus hijos una educación no siempre de excelencia, y cómo un gobierno que aumenta los impuestos es a su vez insanablemente corrupto. En Argentina y Brasil, los indignados exigen al poder no solamente ser escuchados, sino también una atención perentoria de sus reclamos, pero en ambos países son diferentes, y en Brasil representan una práctica expresiva novedosa. Por fin, en ambos casos, la juventud es un segmento importante de quienes se movilizan (aunque los jóvenes no han sido preponderantes, por ejemplo, en las manifestaciones contra la reelección presidencial en la Argentina). Sin embargo, aun así, no ha tenido lugar la constitución de una

identidad juvenil, no es tan claro que los jóvenes que se movilizan lo hagan en tanto jóvenes. Esto es bastante raro en el caso de la Argentina que ha contado siempre con juventudes capaces de dar a la política un color peculiar, y menos sorprendente para Brasil, donde el activismo juvenil fue históricamente menor.

Este libro, siempre orientado por la comparación de los dos países, se ocupa de muchas paradojas como esta, recorriendo senderos históricos, políticos, culturales y sociales.

* * *

Aunque el mantra de la integración regional define a Argentina y Brasil como países hermanos, no es cierto que brasileños y argentinos seamos “hermanos”; no es cierto—en otro plano—que seamos “aliados estratégicos” (hoy día somos algo más hermanos y algo menos aliados estratégicos todavía; una cosa no va de la mano con la otra). No tenemos los mismos (hipotéticos, míticos e imaginarios, por supuesto) padres, y tampoco tenemos casi una historia en común. El grado de desconocimiento recíproco es todavía fenomenal.² Cabe presumir razonablemente que tenemos intereses comunes y sobre todo que podemos tener, si somos capaces de conseguirlo, una convergencia de intereses muy prometedora en el futuro, pero lograrla depende del arte político y del esfuerzo, y el peor comienzo es darla por descontado. No hay, desde luego, ninguna hostilidad básica entre nosotros. Ni siquiera en fútbol, actividad deportiva y cultural tan importante en ambos países.³ No hay hostilidad, entonces, pero sí muchos preconceptos y prevenciones. Es verdad que, desde las hipótesis de guerra y la desconfianza e incluso sorda hostilidad dominantes hasta fines de los setenta, y los niveles de cooperación y de afinidad actuales, se ha avanzado muchísimo.⁴ Pero

- 2 La simbiosis de las lenguas en algo como el portuñol (aunque en rigor deberíamos hablar de portuñoles, ya que el *portunhol* hablado por un brasileño nada tiene que ver con el portuñol hablado por un argentino) da cuenta de una cierta ganancia de terreno, y por ende del conocimiento mayor aunque incompleto y reciente.
- 3 La rivalidad futbolística con Brasil no es menos intensa, pero sí esencialmente diferente, que la rivalidad con Inglaterra. Esta está cargada de conflictos que la sobredeterminan, principalmente la cuestión Malvinas, mientras que la rivalidad con Brasil no lo está.
- 4 Por ejemplo, es conocida la tirria de Juan Perón contra el “país hermano”. La desconfianza y la animadversión eran recíprocas. La conducción “estratégica” de los Estados estaba en manos de élites que concebían sus relaciones como un juego de suma cero y la paz como periodos, aunque fueron prolongados, de “no guerra” entre virtuales enemigos.

dar por descontado que somos “hermanos”, o “aliados estratégicos”, es tan simplista como estéril y hasta nocivo: asume que hay *ya* algo en común, y de decisiva importancia, entre nosotros, cuando en verdad *todavía* no lo hay; y ese supuesto no contribuye en nada, más bien perjudica, la exigente tarea de construir lazos. Si ignoramos de qué materiales básicos realmente disponemos para construir la casa de nuestra amistad y de nuestra integración, no seremos buenos arquitectos.

En rigor conviene tener una cuota de moderado pesimismo (que no debería inmovilizar); las razones por las que la convergencia es improbable son muchas, y sin un grado de convergencia en distintos campos, como el económico, la posición en el mundo, entre otros, se hace más difícil la integración. Pero esto no impide una aproximación y un intercambio culturales que apenas han comenzado.

Comparados con los argentinos, ¿son los brasileños más proclives al acuerdo y a la transacción en sus formas de procesar conflictos y antagonismos? ¿Cómo se relacionan unos y otros con la aplicación de la ley? ¿Hay en la sociedad argentina un afán igualitarista y en la brasileña un inveterado apego a las jerarquías? ¿Cómo se distinguen los populismos de ambos países? ¿Existen puntos de contacto entre el carnaval brasileño y las manifestaciones populares argentinas? ¿Domina verdaderamente en Argentina un espíritu trágico y en Brasil uno festivo?

En *La alegría y la pasión: relatos brasileños y argentinos en perspectiva comparada*, Vicente Palermo busca dar respuesta a estos y otros interrogantes referidos a las imágenes y representaciones propias y recíprocas de argentinos y brasileños, y a su manifestación en los modos de ser personales y colectivos. Recorre con fluidez senderos históricos, políticos, culturales y sociales, y se vale para ello de los más diversos materiales, desde libros, periódicos, artículos académicos, hasta entrevistas y testimonios personales, así como de sus propias experiencias de vida en ambos países. El resultado es una valiosa contribución para comprender más y mejor el relato del otro país tanto como el del propio, las tradiciones históricas que sostienen a los

respectivos regímenes políticos y sus particulares formas de interacción social. Por último, a este ejercicio de comparación multidimensional entre Brasil y Argentina se suma un riquísimo apéndice en el que se explican expresiones fundamentales de la jerga política de ambos países, que resulta imprescindible para lograr una mayor comprensión mutua.

isbn 978-84-15917-20-5



www.katzeditores.com

